El Principio.

Por el principio es por donde hay que principiar siempre. Esta verdad, que recuerda al famosísimo Pero Grullo, es una de las de que deben penetrarse mas los niños, y bajo este punto de vista no deja de haber hombres que son niños toda la vida.

Todos los principios son oscuros y penosos. Por eso, al principio de todo, hay que emplear una virtud sin la cual pueden malograrse los mejores proyectos y ser estériles las mejores intenciones.

Esta virtud es la paciencia.

Querer empezar por el fin, como les sucede á muchos, no es génio ni actividad, sino tontería, impaciencia, es decir, lo contrario de la paciencia. Para hacer mal las cosas, vale mas no hacerlas.

¿Qué diríais de un chico aturdido, que creyéndose un génio militar, porque tiene un ejército de soldados de plomo, quisiera dedicarse á la carrera de las armas, empezando por general?

¿Qué diríais de un hombre que habiendo plantado al anochecer á la puerta de su casa una nuez, se indignara al dia siguiente de no ver un nogal tan lucido como si tuviera cien años?

El verdadero progreso es el que se hace lentamente. Ese es el progreso seguro.

Si queriendo edificar una casa, se busca un fondo de arena para que se pueda cavar con mas facilidad, ¿creeis que los cimientos levantados sobre terreno semejante serán sólidos?

Si una vez edificada la casa, quereis subir al terrado y os empeñais en subir por los balcones en lugar de subir tranquilamente por la escalera, ¿creeis que podreis subir mas segura y cómodamente?

Pues en parecidos absurdos caeis cuando os proponeis aprender una ciencia ó un idioma, y pasais de largo los primeros capítulos del libro á pretesto de que no los entendeis, y saltais á la mitad ó al fin. De esta manera un hombre, que fuera un génio, no aprenderia nada. Pues de ese modo, tambien vosotros os quedareis á oscuras aunque os alumbre el sol.

Empezar bien es la manera de acabar bien.

Biblioteca Nacional de España

Empezar mal es aumentar las dificultades del fin.

Es preciso entrar por la puerta y no por las ventanas; es preciso entrar paso á paso en la ciencia, este es el único medio de llegar al término con provecho y sin fatiga. Así se entra en la vida moral, en la vida intelectual, y así se entra en la vida material.

Si tu padre, niño lector, al verte cuando naciste con los ojitos cerrados y privado de distinguir aún la luz del dia, hubiese dicho:—»Este niño es ciego;»—si mas tarde, al oirte murmurar sonidos ininteligibles, hubiera dicho: —«Este niño es mudo»—y hubiese descuidado el deber de enseñarte á leer; si cuando empezabas á andar, tu mamá, á la primera caida que diste, en lugar de levantarte y guiarte una, y cien, y mil veces, hubiese dicho:—«Mi hijo está impedido, es inútil enseñarle á andar;»—si cansada tu mamá de hablarte en el primer año de tu vida sin obtener respuesta, hubiese dicho:— «Mi hijo es sordo;»—si al ofrecerte un objeto, viendo que tú no tenias fuerza para cogerlo y dejabas caer, hubiese dicho:—«El sentido del tacto le falta á esta pobre criatura;»—si al aproximar á tu nariz algun olor, hubiese imaginado que porque aún no distinguias aquel olor, nunca tendrias olfato; y si en vista de todo esto hubiera creido tu padre que eras incapaz de ser un hombre con todas las facultades necesarias á la vida, y hubiere hecho lo que hacen los chinos con sus hijos mal configurados, que les arrojan al mar; si hubiere obrado tan torpe, cruel é inconsideradamente, en lugar de armarse de la infinita paciencia de todo buen padre, ejerciendo, procurando y solicitando por todos los medios el desarrollo progresivo de tus facultades durante muchos meses y muchos años, ¿crees que hubiera hecho bien, que hubiera cumplido su deber y su mision en el mundo?

No, sin duda, y si tú amas tanto á tus padres, es precisamente porque han hecho lo contrario.

Pues bien, ante toda ciencia nueva, la inteligencia es como un niño. Son precisos los mismos cuidados, la misma paciencia, para que llegue á ver claro, á sentir, á tocar, y en fin, á recorrer con seguridad todo el camino, desde la oscuridad del principio á la brillante claridad del fin.

El trabajo y la paciencia son los primeros maestros de toda ciencia.

Cuando Dios dijo al hombre:—«Ganarás el pan con el sudor de tu frente,»—no quiso decir solamente el pan que se come, que se compra en la tahona, que alimenta nuestro cuerpo, el pan material, en fin, sino tambien el pan de la inteligencia, que, por la educacion y la ciencia, lleva al hombre hasta la razon, hasta el conocimiento de la verdad, el pan del saber y de la instruccion.

P. J. Stahl.

Biblioteca Nacional de España

El infante D. Sancho.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

I.

Corria el año mil ciento
y era una parte de España
un floron de la corona
de la raza musulmana.
El buen rey Alfonso VI,
de imperecedera fama;
el rey noble y esforzado,
el que libró mil batallas
contra los tostados hijos
de las costas africanas...,
era el rey que por entonces
en Castilla gobernaba.
¡Grandes eran sus virtudes,
grandes tambien sus batallas;
grande como ellas fué siempre
para este rey la desgracia!..

—

Aparecia en Oriente
la primera luz del alba;
la ciudad de Uclés tranquila
al descanso se entregaba...
¡Nubes de polvo á lo lejos
hasta el cielo se levantan;
se oye el trotar de caballos
se oye el chocar de las armas;
voces airadas, confusas
que por los aires se lanzan,
rumor eterno, terrible
como tempestad lejana
que se anuncia sordamente
cuando mas furiosa estalla!..

—

¡Despierta Uclés; deja el sueño
que ya el enemigo avanza;
corran tus valientes hijos
á defender tus murallas,
que el tropel que se avecina
es de gente musulmana
y está tu honor en peligro
y están tus horas contadas!..

—

. . . . . .

¡Ya entraron los musulmanes
en la ciudad castellana;
larga ha sido la pelea
muy reñida la batalla!..
Aunque en valor se igualaron
no en las fuerzas se igualaban;

Biblioteca Nacional de España

que habia miles y miles
en las huestes africanas,
y en Uclés pocos soldados
para defender la plaza...

—

En el castillo se encierran
los que en la lucha se salvan;
allí se atrincheran todos
y con dolor en el alma
por la ciudad ya rendida
estienden ¡ay! sus miradas,
mientras el sol que se oculta
con luz mortecina baña
despojos, ruinas, cadáveres,
mares de sangre cristiana!..

II.

El rey Alfonso se apresta
á presentar la batalla
y arrancar al enemigo
la ciudad que le ganára...
Pero ¡ay! que Alfonso no puede
entrar de nuevo en campaña
que son sus heridas muchas
y su edad muy avanzada,
y aunque el arrojo le sobra
la fuerza vital le falta.

—

Tiene D. Alfonso un hijo
que aunque de edad muy temprana
librar acciones desea
con las huestes musulmanas.
Este niño valeroso
Sancho el infante se llama;
once años apenas cuenta
y se distingue en las armas
y es la gloria de su padre
que con delirio le ama.

—

Accede al fin D. Alfonso
y con el conde de Cabra,
y otros magnates del reino
Sancho á la lucha se lanza,
ante un numeroso ejército
que al tierno infante acompaña.
¿Qué será del pobre niño?..
Dios le guie en la batalla...

—

. . . . . .

¡Terrible ha sido el encuentro
para las tropas cristianas:
mas de veinte mil valientes
caen al filo de las armas
enemigas, y el infante
y su ayo el conde de Cabra
mueren allí acuchillados
por sangrientas cimitarras!..
Tambien murió, para siempre
en tan horrible campaña
la dicha de D. Alfonso
que en el infante adoraba.

—

«*Ay, meu fillo, meu fillo,*
espello, luz de mi alma,
¿Hume lo dejastes, condes?»
¡Así el buen rey exclamaba
llorando por aquel hijo
que perdió con la batalla!..

—

Por eso del Rey Alfonso
de imperecedera fama,
al escribir esta historia
digimos al empezarla:
«¡Grandes eran sus virtudes,
grandes tambien sus hazañas;
grandes como ellas, fué siempre
para este rey la desgracia!..

RICARDO SEPÚLVEDA.

Biblioteca Nacional de España

VIAJE AL PAÍS DE LA GRAMÁTICA

POR

JUAN MACÉ.

Erase una vez un niño á quien no podian animar mejores deseos de complacer á su mamá, y por su parte la mamá no los tenia menores de hacerle aprender la gramática. Así era que juntos trabajaban con toda su alma para conseguir el objeto. Pero la cosa se hacia un poco difícil.

Aprender á hablar suele ser algo tardío y largo. Sin embargo, al fin y al cabo se consigue, y se consigue riendo. Cuando al pequeño que mama aún, se le dice *tata*, enseñándole un cristal, y él, por su parte, repite *tata*, la alegría es general. Su mamá le recompensa con una mirada y una sonrisa llena de ternura: el papá acaricia y besa las gruesas mejillas que le sonrien, y si el cuadro le completamos con la persona de la abuela, no hay mas que decir. El mismo Séneca no se expresaba mejor en los buenos tiempos de su sabiduría, que el niño al dar las primeras muestras de su infantil inteligencia. En cuanto á éste, lo único que puede hacer es dar grande é inusitado movimiento á sus brazos y piernecitas, como señal de que tambien toma su parte en la alegría de todos.

Con los señores gramáticos, el asunto es muy diferente. Estos pobres señores no rien nunca, y se ocupan, por desgracia, en otra cosa muy diversa que la de prodigar besos á los pequeños. Para ellos el *tata* no existe, y encuéntrase uno frente á frente con *cristal*, sustantivo comun, singular, masculino, que al expresarlo en plural hace *les* para ignominia del que se equivoque, á quien por este error se le ten-

Biblioteca Nacional de España

drá buenamente por un pequeño ignorante. Claro está, por tanto, que el negocio no es ya tan divertido.

En una hermosa mañana de verano, la mamá y el niño, que con toda idea se habian levantado muy temprano, repasaban como mejor podian la leccion de gramática, que era preciso dar aquel dia. El sol, que por medio de sus rayos hacia brillar en la fina yerba, como otros tantos diamantes todas las gotas de rocío, habíase introducido en la habitacion por un rinconcito de la ventana y parecia invitarlos á que salieran á contemplar lo hermoso que se presentaba el dia por la parte de afuera. Los ruiseñores y toda la colonia volátil que alegre poblaba los árboles del jardin, llamábanlos con toda la fuerza de su armoniosa garganta, y la grande acacia rosada que elevábase en la parte posterior de la casa, venia á golpear dulcemente los cristales con los elegantes y olorosos ramos de sus flores, blandamente agitados por la brisa de la mañana.

Por muy bueno que fuera, no podia nuestro querido niño conservar gran parte de su valor para resistir brava y heróicamente las seduccciones de esta invitacion universal. Sus pequeñas piernas, que á pesar suyo se movian, no pedian otra cosa sino llevarle hácia el jardin, y sus ojos, brillantes y hermosos, habian dejado de fijarse no pocas veces en el libro, trasportándose á jugar con los rayos del sol en las flores de la acacia. La mamá misma, que hallábase muy lejos de ser una mamá muy formal, ahogaba por cuenta propia un leve suspiro, sin contar con el sobrehumano esfuerzo que procuraba hacer para retener á su pobre niño en la habitacion cuando todo le llamaba precisamente al aire libre.

No era sin embargo posible pensar en permitirse una debilidad, porque el maestro no tardaria en llegar: y cuando el buen señor se calaba sus anteojos y revestíase de su aspecto imponente, era un caballero con quien no podia uno bromearse.

—Por Dios, mamá, dijo de pronto el niño; explícame esta frase. Mientras no sepa lo que significa, será de todo punto imposible que yo la aprenda.

Habia llegado á las modificaciones del verbo, y hé aquí la frase á la cual le era preciso proporcionar alojamiento en su memoria.

El número es la forma que toma el verbo para expresar su relacion con la unidad ó la pluralidad.

La mamá tomó el libro con sus blancas y hermosas manos, y sus lindos ojos se fijaron con espanto sobre esta maldita frase.

—¡Dios mio! se decia; creí hace poco que sabia lo que es el número en los verbos, y ahora me parece que ya no lo sé.

Y permanecia inmóvil, sumergido su pensamiento en un abismo sin fondo, mientras que su hijo no cesaba de interrogarla con la mirada, lleno de esa confianza ciega y sin límites de los niños, que no reconocen haya nada difícil para su madre.

Precisamente en este momento abrióse con suavidad la puerta de la habitacion, y entró en esta sin prévio anuncio un antiguo amigo de la casa. Era un hombre pequeño de estatura, casi pudiéramos decir redondo, de cara gruesa y bonachona, que manteníase fresco aun á pesar de sus blancos cabellos, y cuyos ojos azules y vivos de-

Biblioteca Nacional de España

mostraban á la vez la malicia y la bondad. Contábanse de él muchas y peregrinas cosas. Con frecuencia desaparecia meses enteros, sin que se supiese lo que de él habia sido: volvia despues repentinamente, y nadie era bastante osado para preguntarle adonde habia ido. Pero, y esto así por lo bajo, se decia que era algo brujo, y que disponia de un carro mágico en el cual se trasportaba á paises para todo el mundo desconocidos. Por lo demás, el niño le queria mucho, y esto no era extraño, pues con dificultad hallaríase una persona que como él supiera entretener á las criaturas; y la mamá recibíale siempre con alegre expansion, porque en mas de una ocasion la habia ayudado en el desempeño de su penosa tarea de institutriz. Tan pronto como advirtió su presencia, le alargó el libro sin articular palabra, é indicole con el dedo la frase que se la hacia tan difícil de comprender.

Apenas la hubo visto nuestro hombrecillo, frunció las cejas. Un rayo de cólera brotó de sus miradas, que súbitamente volviéronse duras y violentas hasta el punto de causar miedo. Para que comprendais bien esto, es menester deciros que queria de tal modo á los niños, que á veces le acometian accesos de rabia cuando notaba que les hacian daño, y en estos momentos no reconocia nada. Su furor iba tan lejos que era ya exajeracion.

—¿Quién es el desgraciado que ha escrito esto? gritó rechazando el libro cual si fuera una cosa odiosa. No sé quién me detiene para que por esa ventana no vaya á retorcerle el cuello.

En su exasperacion, dejó nuestro hombre escapar su secreto.

Pareció por algunos instantes que consultaba consigo mismo.

—Escuchad, dijo por fin. Ya que la cólera me ha hecho hablar, pondré á vuestra disposicion ese poder de que os he dado conocimiento como un aturdido. Acabo de llegar de un viaje que me

Biblioteca Nacional de España

ha fatigado bastante, y cuéstame el volver á ponerme en camino tan pronto; pero no se dirá nunca que os he dejado por mas tiempo á merced de estos bárbaros. Venid conmigo; quiero conduciros al país de la gramática. Es un país en el cual los niños pueden divertirse algunas veces, tanto como en otra parte, siempre que los hagan entrar por el buen camino.

Dicho esto, hizo una señal. La ventana se abrió por sí sola, y las ramas del acacia rosado se apartaron para dejar libre el paso á un carro de nácar tirado por dos grandes cisnes, blancos como la nieve. El hombrecillo saltó en él con ligereza, y despues de haber invitado á la madre y al niño á colocarse á su lado, partió con ellos cruzando rápidamente el espacio.

—No puedes concebir, querido niño, dijo tan pronto como hubieron perdido de vista la tierra, lo que han pretendido que aprendas al poner entre tus manos una gramática. Es este un asunto mucho mas importante de lo que pudieras tú imaginarte, y te advierto prestes bien atencion con ojos y oidos en cuanto hayamos llegado.

Al venir tú á este mundo solo sabias producir gemidos y gritos confusos parecidos á los de los animales. Los sordos de nacimiento permanecen en ese estado durante su vida entera, porque no pueden, ó mejor dicho, porque no se sabe enseñarles á hablar, puesto que las palabras que delante de ellos se pronuncian no entran por sus oidos: de aquí que á consecuencia de la falta absoluta de ejercicio y práctica, no se halle su boca en estado de producir otra cosa que una especie de gruñido.

¡Oh! tú sabes hablar, sí, gracias á tu mamá; pero eres demasiado pequeño aún para comprender toda la inmensidad del servicio que te ha prestado con ello, ni puedes apreciar el tiempo y el trabajo que á los primeros hombres costó el trasformar en un idioma, claramente articulado, los rudos y groseros tonos que en un principio debieron escaparse de su boca.

No me preguntes; bastante me han dicho tus miradas: ya sabia yo que debia de antemano explicarte esa palabra de *idioma articulado*. Para conseguirlo convenientemente, preciso será que, ante todo, te dé una pequeña leccion de historia natural.

Toca con el dedo esa especie de pequeña prominencia que todos tenemos en el centro de la garganta, y á la cual, no sé por qué, se dá vulgarmente el nombre de *nuez*. ¿Estás en ello? Muy bien. Permanece con tu dedo así colocado.

Ahora abre la boca en toda su extension y empuja al aire desde el fondo de tu pecho procurando hacer el menor ruido posible. ¿Qué has sentido debajo de tu dedo? Nada, ¿no es verdad? ó casi nada. Ya me lo sospechaba.

Empieza de nuevo. Abre bien la boca y trata de imitar el ruido de una criatura que llora. ¿No adviertes cómo esta vez parece que la pequeña *nuez* se estremece y tiembla bajo tu dedo?

Pues por ese sitio se produce el sonido de la voz á merced de dos membranas colocadas en el interior de la llamada *nuez* y á través de las cuales pasa el aire procedente del pecho. Esas membranas sufren ó no sufren tension, sin que tú te apercibas de ello, y segun quieras ó no producir un sonido.

Biblioteca Nacional de España

Dá un golpe con la mano sobre una cuerda bien tirante y te dará un sonido que no le conseguirás si la tension no existe. Pues eso precisamente es lo que sucede en las dos membranas de la llamada *nuez*, y á las cuales se dá el nombre de *cuerdas vocales*, nombre el más bonito entre los que han podido inventarse por los que han bautizado las innumerables y pequeñas partes de que nuestro cuerpo se compone.

Las cuerdas vocales las encuentras igualmente en los animales, quienes, de igual modo que nosotros, tienen pulmones y una garganta por la cual pasa con la misma libertad el aire. Y como nosotros tienen tambien una voz; pero esta solo les sirve para producir gritos, porque no han podido perfeccionarla, y sobre todo porque Dios así lo ha dispuesto.

El hombre, por el contrario, ha tenido la fortuna de quebrar, de plegar, séame permitida esta palabra, su voz en el momento mismo en que el ruido pasa por su boca, disponiendo á su paso y de mil maneras diversas los lábios, la lengua y los dientes. De este modo, la voz se modifica y trasforma en un gran número de tonos bien diferentes los unos de los otros. Hace poco, cuando tenias tu boca abierta en toda su extension, el ruido que de ella salia era siempre el mismo, porque no encontraba á su paso nada que lo plegara y lo modificase. Permanecia tal como habíase formado al verificar su paso por las cuerdas vocales. Diviértete en pronunciar lentamente, y poniendo al hacerlo atencion, *ta*, *mu*, *ro*, *si*, *fe*, con facilidad suma puedes notar de que tu lengua y tus dientes se disponen por sí mismos y de bien diversas maneras para producir todas esas diferencias de tonos. Pero si hoy dia lo llevan á cabo por sí mismos, es porque á ello están acostumbrados, de igual modo que los caballos bien domados van por sí solos á colocarse en el lugar que deben ocupar. Inquiere, sin embargo, de tu mamá los cuidados y la paciencia que le ha costado tu aprendizaje!

Eso, querido niño, es lo que se llama *idioma articulado*, porque dáse el nombre de *articulado* á lo que puede plegarse quebrándose, por decirlo así, en varias partes, como tus dedos, por ejemplo, que se disponen en tres pedazos cuando cierras la mano. Y ahora no dudo que con esta explicacion sabrás muy bien lo que quieren decirte cuando, al dar tus lecciones de lectura, te encargan articular bien las palabras. Además, tengo confianza plena de que tendrás muy buen cuidado de aprovecharte de esa ventaja inmensa que tenemos sobre los animales.

La ventaja, sin embargo, no seria tan grande si tan solo se redujera á una cuestion de música: bien poco avisados seriamos si por ella nos mostrásemos orgullosos, porque nuestra voz está muy lejos de valer tanto como la de esos pequeños pájaros que alegran tu jardin. El verdadero beneficio consiste en el don inapreciable de que nos sea permitido vestir con una palabra fácil y adecuada cada una de las ideas que nuestra imaginacion encierra.

Seguramente no te has molestado tú mucho en averiguar lo que es una idea, pequeño gorjeador de palabras que por sí solas se escapan. Una idea, en el sentido rigoroso de la palabra, no es otra cosa que una imágen. Eso mismo significaba para los griegos, de quienes hemos tomado la palabra. Cuan-

Biblioteca Nacional de España

do dices *mamá*, *casa*, *caballo*, esas tres palabras que pronuncias hacen pasar delante de la vista de los que te escuchan tres distintas imágenes, que forzosamente han debido dibujarse en tu cabeza en el momento en que hablabas. Verdad es que esas imágenes dibújanse tan rápidamente, que un niño atolondrado no fija en ellas su atencion; sin embargo, y siempre que lo quieras, te será bien fácil cogerlas al paso. Cuando dos hombres hablan es como si dos niños se prestaran mútuamente sus estampas, porque eso precisamente es lo que se hace cuando se cambian ideas, segun la expresion adoptada.

No todas nuestras imágenes son de naturaleza igual á las que acabo de indicarte, pues no se reduce todo á ideas sensibles y materiales, esto es, á ideas que se aplican á objetos materiales, que con facilidad acogen los sentidos como una casa ó un caballo. Seguro estoy que no pocas veces te sucederá esperar con deseo el almuerzo ó la comida, y que en esos momentos te se pasan muy buenas ganas de comer. Si entonces pronuncio, riendo, delante de tí esa palabra que ha hecho temblar en todos tiempos á tantos desgraciados (*hambre*), es indudable que ha de despertar en tí el recuerdo de lo que entonces esperimentas. El hambre no es una persona de la cual podamos representarnos la figura, y sin embargo, esa palabra hace que en tu inteligencia se levante una idea, una imágen bien clara, la imágen del estado en que te encuentras siempre que la comida se hace esperar demasiado.

No trataré aquí, querido niño, de hacerte pasar revista á todas las clases de ideas que expresar podemos por medio de la palabra: ya llegaremos á ello cuando nos toque pasar á las palabras. Bastará que sepas por ahora que ninguna palabra existiria, si expresamente no hubiese sido creada para representar una idea; y sírvate esto en lo sucesivo para no emplear jamás una palabra que no lleve ya en sí la expresion de una idea.

Mas no bastó á los hombres el haber hallado las primeras palabras por cuyo medio pudieron entre sí cambiar sus primeras ideas. El hombre imaginó, naturalmente, la manera de fijar, si así podemos expresarnos, esas palabras que arrebataba el aire, y conseguir algo visible que mas tarde pudiera hacerle hallar de nuevo las ideas que emanaran de su imaginacion, y poder hablar con los que se encontraran fuera del alcance de su voz.

Ese medio fué la escritura, una invencion casi tan admirable como la de la palabra, y los niños que gruñen porque no quieren escribir sus planas, no saben cuán reconocidas deben mostrarse á los hombres de génio que han inventado las letras, esos signos maravillosos cuya combinacion representa ante nuestra vista las mismas ideas que los tonos combinados hubieran representado á nuestro oido. Cualquiera diria que nada significa el alfabeto. Hacer curvas ó trazos, suele decirse que es cosa bien fastidiosa. Y sin embargo, esas curvas y esos trazos son el auxiliar mas poderoso que ha podido proporcionarse la humana inteligencia. Por su medio, las ideas engendradas en la cabeza de los hombres que vivieron hace tres mil años, vienen hoy á ocupar su lugar en la nuestra.

(Se continuará)

Biblioteca Nacional de España

EL NIDO.

—¡Mira, hermano mio, dijo Cecilia á Juanito, mira ese nido que está en lo alto de ese árbol! ¡De qué buena gana le tendria! ¡es de golondrinas! ¡cómo me gustan las golondrinas!

Juan, que no sabia rehusar nada á su hermanita, trepó enseguida al árbol, y al cabo de algunos momentos tenia Cecilia el nido en la mano.

—Qué bonitos son estos pajaritos, exclamó; tienen algunas plumitas.

Y como Juan no le respondiera, la niña le miró y le dijo:

—¿Qué tienes, hermano mio? estás triste. ¿Es que tenias miedo de caerte cuando estabas sobre el árbol, ó es que te has lastimado?

—No, no es eso lo que me entristece: lo que me pone de mal humor, es que me parece que he hecho mal quitando ese nido de donde estaba, al abrigo del sol y de la lluvia. Cuando fuí á cogerlo, la pobre madre se vino á poner sobre una rama próxima, piando de una manera que me daba pena. Entonces pensé en el sentimiento que tenia mamá este invierno cuando estabas enferma y temia perderte. Iba á bajar sin el nido, pero luego no quise dejar de satisfacer tu gusto. Pero ¿no oyes á esos pobres pajaritos cómo pian? Me parece, hermana mia, que he obrado mal quitándoles á sus hijitos.

—Es verdad, Juan, hemos hecho mal; ¿pero cómo remediarlo? porque tendria un placer en remediarlo.

—Pondremos el nido en una jaula, que suspenderemos del árbol, y cuya puerta dejaremos abierta; y para consolar á los padres del sentimiento que les hemos causado, les daremos de comer en la jaula, para que no se fatiguen en buscarse el alimento.

Mientras que Juan iba á preparar la jaula, Cecilia examinaba con atencion el nido que tenia en la mano; y cuando volvió su hermano, le dijo:

—¿Has visto, Juan, qué bien hecho está este nido? ¡Mira este tejido de yerbas, y tan bien mullido con

Biblioteca Nacional de España

lana! ¡qué sólido y qué bien hecho!

—Tiempo hace ya que lo he visto. Los pájaros, por lo general, son tan hábiles en la construccion de sus nidos, que no dejan penetrar ni el viento ni la lluvia. ¡Mira cómo está revestido exteriormente de ese líquen que se encuentra sobre la corteza de los árboles?

—¿Y para qué es eso?

—Para dar al nido el aspecto de las ramas sobre que está colocado, con el objeto de que los demás pájaros no lo vean tan fácilmente.

—Pero, ¿en dónde cogen esa crin y esa lana?

—En los caminos y en el monte, donde hay caballos y carneros; porque nada se pierde: todo tiene su empleo. Hay pájaros que recogen los restos del trigo y las plumas que caen, y si no tienen bastante con eso para construir y hacer cómodo el nido para sus pequeñuelos, se arrancan sus propias plumas; lo que hay de notable es que ninguno se sale de su nido.

Juanito suspendió la jaula como habia dicho; despues llevó á su hermana detrás de unos árboles para que pudiera ver á los padres de los pajaritos.

Los dos pobres animalitos inquietos volaban de rama en rama, mirando á todos lados con desconfianza; por fin la madre se atrevió á entrar en la jaula, en donde encontró á sus hijitos, que estaban piando; el padre vino despues, y la pequeña familia parecia muy contenta al contemplarse reunida.

Los dos niños fueron á contar á su madre lo que habian hecho.

—Mis queridos hijos, les dijo, estoy muy contenta de que hayais comprendido cuán cruel era arrebatar sus hijos á esos dos pobres pajarillos, tanto mas, no habiendo ninguna necesidad que lo excusase; y Cecilia ha dado pruebas de buen corazon, sacrificando el placer que se prometia al gusto de ver á los animalitos reunidos con sus padres; porque todo placer que causa una pena, aunque sea á un pajarito, es un placer que debe rechazarse, porque no es grato á los ojos de Dios.—Z. C.

Proverbio en accion.—Poco á poco se vá lejos.

Biblioteca Nacional de España

Consejos á los Niños.

I.

Sé bueno con el pobre
que va á tu puerta,
y encontrarás al cabo
la recompensa;
pues la limosna
es una de las llaves
que abren la gloria.

II.

La miseria causa horror
y es de la virtud alarma;
aplícate á la labor;
la aguja, niña, es un arma
escudo de tu pudor.

III.

Pon rienda á tus pasiones
si quieres conservar las ilusiones.

IV.

El hombre es como el globo
que se remonta al cielo;
sube, y mientras mas sube
se le vé mas pequeño.

V.

La ociosidad es madre de los vicios;
el tiempo es el reló de la existencia;
vé el domingo á rezar al templo santo
y del lunes al sábado á la escuela.
Aquel te abre las puertas de la gloria,
esta te abre el camino de la ciencia.

VI.

En el mundo, los dolores
se esconden en los placeres
como el áspid en las flores;
si ser venturoso quieres,
no olvides que son traidores.

VII.

No compres galas ni joyas;
gasta en libros tus riquezas
y adorna tu entendimiento
con sus preciadas ideas,
que no hay lujo que deslumbre
como el lujo de la ciencia

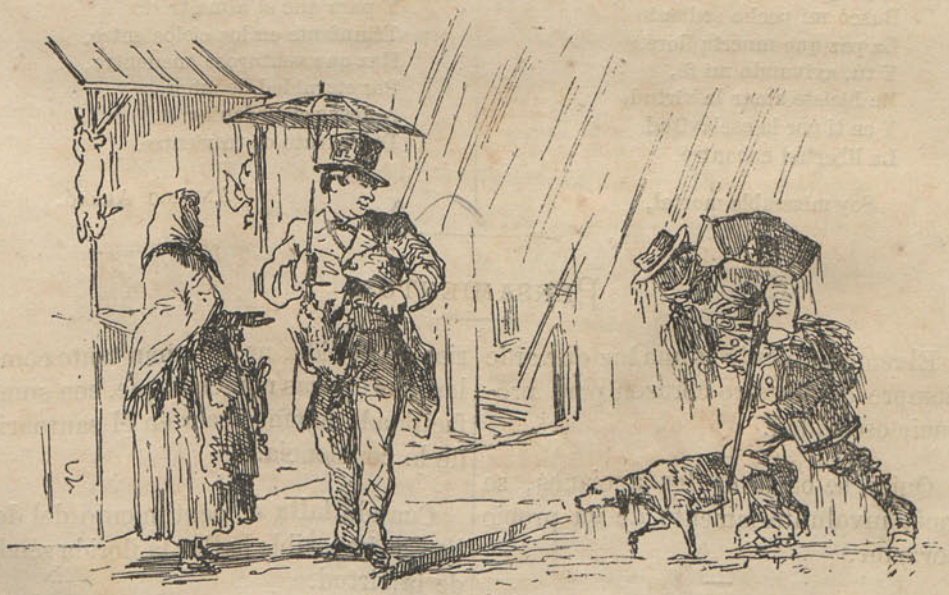
VIII.

Al despertar, á María
el alma y el pensamiento,
en una oracion envía;
conságrale ese momento,
que en tí piensa todo el dia.

IX.

Estudia, porque es la ciencia
como la tierra muy rica;
mas no concede sus frutos
sino á aquel que la cultiva.

Teodoro Guerrero.



Proverbio en accion.—Mas vale pájaro en mano que ciento volando.

Biblioteca Nacional de España

El siervo de María.

(PLEGARIA.)

¡Oh tú que como ninguna
Entre las Vírgenes bellas
Coronada estás de estrellas
Y calzada de la luna!
Si el clamor no te importuna
Del que tu clemencia implora,
Oyeme, Reina y Señora;
Y para enjugar mi llanto,
Ampárame bajo el manto
De tu bondad salvadora.

Caminos engañadores
Ofrece el mundo á mis ojos,
Unos de espinas y abrojos,
Otros de césped y flores.
Entre placer y dolores
Ignoro cuál escogí,
Mas ya que tu rostro ví,
Sírvame de norte y guia,
Para que halle el alma mia
El que conduzca hasta tí.

Sin rumbo mi pensamiento,
Cercano al voraz abismo,
Giró, siervo de sí mismo,
Hoja que arrebata el viento.
Buscó mi pecho sedieuto
La paz que muerta lloré,
Y tú, avivando mi fé,
Me hiciste amar la virtud,
Y en tí por la esclavitud
La libertad encontré.

Soy miserable mortal,
Hijo de tierra y pecado,
A quien merecer no es dado
Tu socorro celestial.
Pero no para mi mal
Sin esperanzas me aflijo,
Pues en mi anhelar prolijo
Me dice una voz interna
Que la Madre escucha tierna
La doliente voz del hijo.

Tú mas que el sol limpia y pura,
Nuncio de paz y consuelo,
Acuérdate desde el cielo
De este valle de amargura.
Si me miras con dulzura,
Presta amparo y proteccion
A los que en santa mision,
Grata cual ninguna al hombre,
Me han enseñado tu nombre,
Te han dado mi corazon.

¡Oh Madre! pues hecha fuiste
Auxilio de los cristianos,
Con tus dones soberanos
A nuestro penar asiste.
Y para que el alma triste
Triunfante en los cielos entre,
Haz que venturosa encuentre,
Por eternidad de amor,
A Jesús el Redentor,
Dulce fruto de tu vientre.

ANTONIO ARNAO.

Pensamientos.

El remordimiento es una luz que arde siempre en nuestro corazon para producir oscuridad.

—

Quien se burla de los ancianos, se mofa involuntariamente de su propio porvenir.

—

Aunque sean muy grandes las miserias de la vida, no abruman tanto como las mas ligeras manchas que, con suma facilidad, dejamos caer en el santuario de la conciencia.

—

Cuando falta el sentimiento del deber, es imposible hallar la florida senda de la virtud.

A. COTARELO.

Biblioteca Nacional de España

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

— La limosna es como rocío del cielo, y cae sobre el alma del que la da.

— No ha de tenerse por bueno al hombre que, conociendo el bien, deja de hacerlo por temor á las censuras del malo.

— Aun el poeta que reniega del alma, vive en lo futuro merced á los frutos del alma.

— Donde no hay verdad no hay poesía. lo falso es sinónimo de fea.

— La mentira nunca es amable de suyo, aunque á veces lo parezca.

— No es grande el que nace en cuna de oro sino el que se hace digno de ella.

— No hay grandeza humana tan poderosa que pueda acallar la voz del remordimiento.

— ¿Qué cosa más facil que ser soberbio?
¿Qué cosa más difícil que ser humilde?

— No hay mordedura de perro rabioso tan cruel como las que causa el aguijon de la envidia.

— El hábito de buscar al pensamiento la expresion más adecuada y exacta, nos lleva naturalmente á revestirlo de mayor belleza y perfeccion.

— Poniendo atencion en el exámen de todas las cosas, se descubre siempre lo mejor.

— No hay mejor guía para el hombre q.e la luz de una conciencia pura.

Manuel Cañete.

D. Manuel Cañete es un distinguidísimo crítico, escritor correcto, de gran erudicion histórica y literaria, é individuo de la Real Academia española.

Biblioteca Nacional de España

Las malas compañías.

Desde la infancia se deben evitar las malas compañías.

Ahí tienen Vds. á Pepito, que tiene la costumbre de hacer subir á su casa á los chicuelos de la calle, y toma su lenguaje y sus maneras, y cuando la mamá le hace alguna observacion, suele contestar con palabrotas impropias de niños bien educados.

Dime con quien andas te diré quien eres, y quien con lobos anda á ahullar se enseña.

Estos son dos refranes exactísimos y los niños no deben acostumbrarse á las malas compañías, que siempre causan gravísimos daños.

Imp. de Los Niños. Independencia, 2.

Biblioteca Nacional de España